



Abuelo Abel

ANÉCDOTAS Y VIVENCIAS

Roberto Delgado Castro

Contenido

A abuelita Sara.....	3
Punto de partida	5
Salida para Chile	6
Comprar repostería.....	7
Comprar el periódico.....	8
Jugo de uva	9
El juego de ajedrez	10
La Navidad.....	11
Los aguacates mejicanos.....	12
La visita a la casa de mi novia	13
Melo Alvarez	14
El juego de fútbol.....	15
Pan Tobella.....	16
Visita al Estadio Ricardo Saprissa	17
Día de elecciones.....	18
Noche en casa de abuelo	19
Viaje a la universidad.....	20
De compras en Santiago de Chile	21
Valparaíso	22
Portillo	23
Almuerzo en Viña del Mar	24
San Carlos de Apoquindo	25
Halloween.....	26
La caja de seguridad.....	27
Tendido Cero.....	28
La Princesa Marina	29
Caminata	30
Aguacero.....	31
La esquinita.....	32

CR863.4

D352a Delgado Castro, Roberto

Abuelo Abel: anécdotas y vivencias [recurso electrónico] / Roberto Delgado Castro. – primera edición – San José, Costa Rica: D. Castro R., 2025.

E-book: pdf, 400 KB

ISBN 978-9930-00-055-7

1. NOVELA COSTARRICENSE. 2. LITERATURA COSTARRICENSE.
3. ANÉCDOTAS. 4. RELATOS COSTARRICENSES. I Título.

A abuelita Sara...

Junto a la figura de abuelito Abel siempre se erguía la presencia de abuelita Sara. Ambos eran un binomio, para mí y mis hermanos, inseparable. Era impensable ir a la casa de los abuelos sin que no ella estuviera allí como protagonista. Siempre estuvo allí. Hablar de abuelo Abel, para mí y para la familia en general, era también referirse a la presencia de ella como complemento inseparable.

Crecimos al lado de ella como un bastión sinónimo de hogar, de calor maternal... pero sobre todo representó para toda la familia como aquella columna que sostenía el andamiaje de todos como grupo familiar.

La importancia de su presencia en medio de nosotros fue capital y absolutamente incuestionable. Yo la admiré profundamente porque sabía que ella había sacrificado su vida en aras de empujar a la familia hacia adelante. Ya en su etapa de vejez, su dulzura de carácter y amoroso trato contrastaba con los relatos de mamá y mi tía Tony sobre la dureza y exigencia de su carácter en etapas más tempranas de su vida.

Era una mujer de mucha categoría, muy culta y elegante, refinada, distinguida, con un porte victoriano muy particular, con un señorío que solo el aderezo especial de la época de principios del siglo XX en Costa Rica era capaz de dar. Gran conversadora, de carácter dulce y alegre y caminar lento, profundamente religiosa, devota y espiritual. Tenía una enorme capacidad de luchar en silencio, con paciencia, con calma... era una persona estoica. Difícilmente perdía el control ante las adversidades, y siempre encontraba una ocasión para darnos una sonrisa cada vez que la visitábamos o compartíamos con ella.

Amante del té y de las lecturas bíblicas. Siempre encontraba un momento en el día para la oración, la meditación y la reflexión. Se preocupó mucho por su salud espiritual y física.

Sara Brenes Peralta nació en San José el 26 de agosto de 1914. Hija de don Gerardo Brenes y de doña Antonia Peralta. Fue llamada a la presencia de Dios el 16 de noviembre del 2014. Fue madre de cinco hijos. Sobre sus hombros ostentó una impresionante vida de poco más de 100 años. Fue la menor de 15 hermanos. Heredó de su madre – mujer letrada, profesora, músico y políglota - el gusto por las artes y las letras, así como por la religiosidad.

Junto con abuelo Abel, por allá de finales de la década de 1940, fundaron el negocio de la Soda Castro, el cual aún hoy se encuentra activo. Juntos lideraron los esfuerzos por desarrollar la venta de ensaladas de frutas, batidos y granizados en la zona central de la capital, en la zona que hoy se conoce como el Barrio La Dolorosa. Con gran esfuerzo y sacrificio logró mezclar el trabajo arduo del negocio junto con el de sostenimiento de su familia. Juntos consolidaron la marca de lo que se convertiría en uno de los establecimientos comerciales más icónicos y antiguos del país.

Yo me siento muy honrado de tener su sangre, de llevar vivo el recuerdo de una vida intachable y de una herencia inmortal. Hoy día somos lo que somos, en gran parte, gracias a su sacrificio.

Este libro está dedicado a abuelita Sara, aunque este compendio de vivencias resulta tan solo en un ínfimo trazo en comparación con su obra completa. Su legado es eterno y su recuerdo y memoria nunca vivirán en el silencio ni en el anonimato. Por el contrario, hoy mis hermanos y yo, así como nuestros hijos, sus bisnietos Felipe, Lucía y Mariana, llevamos la bandera con mucho orgullo, con la

frente en alto. El día de su sepelio, junto a ella, me acerqué con una mezcla de melancolía y orgullo, y le parafraseé el diálogo que tuvo Jesús con sus apóstoles cuando les dijo que “no hay amor más grande que aquel que da la vida por sus amigos”. Ella dio su vida por nosotros. Estoy seguro que nos está esperando para disfrutar con ella del banquete eterno del reino de Dios.

Por lo tanto, lo único que me queda a mí, luego de observar en retrospectiva la vida de abuelita Sara, es observar la senda que tengo que caminar y, con mucha humildad, tratar de seguir sus huellas.

Roberto.

Punto de partida

Desde hace mucho tiempo he querido fervientemente consolidar un compendio de las anécdotas y vivencias más importantes que yo, junto con mis hermanos, vivimos junto con nuestro querido y recordado abuelito Abel Castro Vega.

Abuelito marcó nuestras vidas como lo hace un legendario patriarca en una familia. Por nuestras venas viaja sangre constituida por el ADN de muchos de nuestros ancestros, pero él supo darnos ese toque inconfundible que aún hoy sentimos en lo más profundo de nuestras entrañas. En nuestro corazón no solo llevamos tatuada la marca de la Soda Castro como símbolo casi septuagenario de la familia, sino que sus consejos y su experiencia nos han ayudado en gran medida a ser las personas que somos hoy día.

Abel Gonzalo Castro Vega nació el 26 de octubre de 1909, y falleció el 28 de diciembre de 2001. Fue un célebre personaje en San José durante casi todo el siglo XX. Empresario, político, dirigente comunal, padre, esposo, abuelo, vecino, amigo...era una combinación perfecta entre un ávido mercader experto en negocios y un hombre fiel a sus tradiciones y costumbres. Hombre muy querido y admirado de personalidad fuerte y determinada, trabajador incansable, excelente conversador, amante de los autos y la tauromaquia, hincha profeso del Deportivo Saprissa, maestro del comercio, imbatible jugador de ajedrez... su piel estaba marcada por el sol de su natal Naranjo y, al mismo tiempo, por la luz del paisaje urbano de San José.

Fue una persona solidaria que ayudó a mucha gente en muchas necesidades, logró conocer gran cantidad de países gracias a su gusto por los viajes. En su mesa eran infaltables los plátanos maduros acompañados de un vaso de leche. Su elegante sombrero y corbata fueron sus compañeros inseparables a lo largo de casi toda su vida. Aún en sus últimos años, su marcado gusto por la sopa de mollejas de pollo con aguacate formó parte de nuestro paisaje dominical.

Nuestros años de infancia y adolescencia los vivimos muy de cerca de abuelito. Muy a menudo íbamos a comer ensaladas de frutas con helados a la Soda que se localiza en Avenida 10. Allí, desde el salón, su erguida y esbelta figura resaltaba entre los numerosos clientes que se agolpaban en el mostrador para ser atendidos. También lo visitábamos en su casa, donde abuelita Sara nos recibía cálidamente con un “gallito” mientras esperábamos a que llegara después del trabajo. Hablar con él era una experiencia muy interesante para unos inexpertos jóvenes como nosotros. A pesar de la lógica diferencia de edades, él lograba conectar con nosotros de una forma muy especial.

Este compendio de anécdotas y vivencias es un homenaje a su vida, a su legado y a su memoria. Son relatos cortos narrados en lenguaje ordinario y que no necesariamente guardan un orden cronológico.

Yo, en lo personal, crecí muy cerca de él y aún resuenan en mis oídos sus saludos, sus relatos y su conversación afable. A veces, cuando lo necesito, miro al cielo y sé, con absoluta certeza, que él me observa a los lejos y me extiende su mano.

Salida para Chile

Me costó mucho trabajo recuperarme de la enorme emoción que me embargó cuando abuelo me invitó a que lo acompañara a un viaje a Santiago de Chile, a observar un partido entre el Deportivo Saprissa y la Universidad Católica de Chile, valedero por la final de la Copa Interamericana de 1995.

Finalmente, y después de una larga y ansiosa espera, llegó el gran día. La víspera, mi papá me ayudó a preparar la maleta con todo el equipaje necesario. Abuela Sara hizo su mejor esfuerzo por preparar el equipaje de abuelo. Yo tenía claro que yo, un joven de 15 años, iba a viajar con un experimentado hombre de 87 años de edad, pero estaba confiado en que Dios nos iba a acompañar siempre.

Recuerdo que el vuelo salía a las 10 de la mañana con rumbo a Panamá, donde haría la primera escala, para luego volar a Lima, Perú, y, posteriormente, a Santiago de Chile.

Temprano en la mañana, cuando llegamos a su casa para recogerlo, justo antes de subir al auto de papá donde yo lo esperaba ansiosamente, con voz potente le dijo a mi abuela: ¡Bueno, negra, me voy! Tomó su sombrero y su chaqueta, y se subió al auto apresuradamente.

Comprar repostería

Una lluviosa tarde yo estaba estudiando en mi casa cuando, repentinamente, sonó el teléfono. Al otro lado escuché su inconfundible voz que se ahorró el cordial saludo. Inmediatamente después me preguntó qué estaba haciendo. Le respondí que estaba estudiando porque tenía unos exámenes en la universidad algunos días después. Sin titubear, me dijo: “lléveme a la Pastelería Cristal para comprar un pancito”. Inmediatamente después subí al auto de papá y lo llevé allí. Compró varios bollos de pan y otros tosteles que se veían muy apetitosos. Luego me dio un tostel y me dijo: “tome Robertillo, por el mandado”.

Comprar el periódico

Abuelo era un voraz lector del período La Prensa Libre. Una mañana estaba en su casa cuando irrumpió en la cocina y me dijo: “Robertillo, vaya al Más x Menos y me compra la Prensa Libre...si le sobre algo se compra lo que quiera”. Me dio un poco de dinero y fui a hacer el mandado un poco cabizbajo porque creía que no iba a sobrar mucho. Cuando estaba en el supermercado que se localizaba en la esquina de su casa, me di cuenta que me sobró un poco de dinero y decidí comprar tres bolis. Al regresar a la casa con el periódico y los bolis en las manos, me dijo: “Ve, se lo dije ¡hasta le alcanzó para los bolis!”.

Jugo de uva

Abuelo tenía en su refrigeradora varias botellas de jugo de uva marca Welch, que era una costosa marca de jugos provenientes de Estados Unidos. Mis hermanos y yo, como de costumbre, cada vez que visitábamos su casa, hacíamos la rutinaria revisión de la refrigeradora en busca de algún manjar exótico.

Cuando encontrábamos el jugo, le preguntábamos a abuela Sara si era posible tomar un poquito. Recuerdo que ella nos decía: “Tomen un poquito pero déjenle algo a su abuelo porque si encuentra la botella vacía se enoja”. Nosotros, ni lerdos ni perezosos, tomábamos cada uno una generosa porción y dejábamos en el envase una ínfima cantidad. Nunca supimos si él se enojaba por encontrar la botella casi vacía; lo único que sabíamos era que siempre había jugo de uva en la refrigeradora. Tal vez abuela asumía después, silenciosamente, el enojo de abuelo.

El juego de ajedrez

En una época papá nos enseñó a jugar ajedrez a mí y a mis hermanos. Era algo totalmente nuevo para nosotros, por lo que tomamos especial interés por el tema.

Recuerdo que compró un libro para principiantes que hacía mención a los principios y reglas básicas del juego y, al mismo tiempo, profundizaba en algunas estrategias de defensa y ataque que habían adoptado e implementado algunos de los más connotados ajedrecistas de la época: la Defensa Siciliana, la ofensiva de Karpov, etc.

Papá nos compró un tablero y unas piezas y comenzamos las prácticas. Mi hermano Evelio fue el que aprendió más rápido y, luego de un corto entrenamiento, se sintió lo suficientemente robusto y preparado como para desafiar, en un único juego, a abuelo, quien tenía toda una vida de experiencia y que era considerado como un gran ajedrecista.

Lo llamamos y pactamos el día y la hora del reto. Recuerdo que abuelo llegó en su flamante auto a la casa, y se bajó acompañado de un impresionante tablero de madera artesanaada con piezas de un tamaño que nunca habíamos visto (con felpa en las bases); quedamos estupefactos por esa primera impresión.

Luego, con voz un poco bromista y observando nuestro tablero nos dijo: “¿vamos a jugar con ese tablerillo?, mejor juguemos con este tablero que es de verdad”. Una vez en la mesa y listos para empezar a jugar, le dijo a Evelio: “Evelillo, por ser usted, le voy a permitir que juegue con las piezas blancas”.

El juego inició con una expectativa enorme.

Tal y como lo dictaba la norma que habíamos estudiado, Evelio hizo su primera movida: movió el peón del rey dos cuadros hacia adelante. Inmediatamente después, abuelo movió su peón del alfil. Evelio, llevándose sus manos a la barbilla, pensó su siguiente movida: el peón del rey. Luego, con un poco de aire de petulancia, abuelo movió su alfil justo en la vía del rey y, con voz potente, gritó: “¡jaque mate!”.

Nadie lo podía creer.

Con solo dos movidas lo liquidó.

Abuelo nos hizo una sonrisa un poco burlesca, tomó su tablero, guardó las piezas, y se retiró hacia su casa. Aún con el silencio cortando el comedor como un cuchillo afilado, tratábamos de encontrar una explicación a tan tremenda debacle. Días después nos dimos cuenta que abuelo le jugó una vieja y clásica jugada de viejo zorro ajedrecista: ¡El Pastor!

La Navidad

Días antes de celebrar el 24 de diciembre la cena de Navidad, como de costumbre, mis hermanos y yo fuimos a la casa de abuelo a entregarle los regalos de él y de abuela. Entramos a la casa y se los dimos acompañados de un gran beso. Abuelo, que no acostumbraba exteriorizar su cariño en gestos físicos, y casi nunca nos había dado algún regalo en específico a nosotros, nos dio, a cada uno, 300 colones. Nos sonrió dulcemente y nos dijo que era su regalo de Navidad.

Los aguacates mejicanos

A abuelo le fascinaba la sopa de mollejas de pollo con aguacate mejicano. El aguacate mejicano es pequeño y tiene la cáscara café oscuro. Tiene un excelente sabor y tiene la ventaja de que, por su tamaño, una mitad o la fruta entera puede ser consumida por una sola persona sin problemas.

Casi todos los domingos él llegaba a almorzar a casa a eso del mediodía. A veces él llegaba por su cuenta en su auto y, en otras ocasiones, yo, papá o alguno de mis hermanos, lo iba a recoger a su casa.

Las primeras veces que servimos de almorzar sopa de mollejas de pollo, la acompañábamos con unos aguacates corrientes que papá y mamá compraban en la feria del agricultor. Un día, cuando yo fui a recogerlo a la casa para ir a almorzar a la nuestra, lo vi que venía caminando con una bolsa plástica blanca llena de algo parecido a unos aguacates. Recuerdo que me dijo: “Robertillo, hoy vamos a almorzar aguacates de verdad, ¡vea qué delicia!”.

Cuando llegamos a la casa, se sentó en la cabecera de la mesa, sacó los aguacates de la bolsa y le dijo a mamá: “María, hoy traje aguacates”. Desde ese día la sopa de mollejas de pollo se sirvió con aguacates mejicanos.

La visita a la casa de mi novia

Un día estaba en la casa de abuelo cuando, intempestivamente, me preguntó dónde vivía mi novia (en ese entonces mi novia era Ana, la que hoy día es mi esposa). Yo, un poco impresionado por la pregunta, le respondí que ella vivía en Escazú. Inmediatamente después me dijo con voz firme: “Robertillo, quiero conocerla, vamos el próximo sábado en la mañana, avísele; ah, pero vamos en mi carro”.

Minutos después la llamé por teléfono y le conté que abuelo quería visitarla.

El sábado temprano en la mañana fui a su casa para emprender el viaje a Escazú. Nos montamos en el Ford Taurus que tenía estacionado en el garaje y, él al volante, salimos hacia allá.

Luego de una media hora, llegamos. Se bajó del auto y saludó a Ana con un efusivo beso y luego a mi suegra, doña Lucy. Recuerdo que él vestía pantalón formal azul oscuro, camisa blanca, corbata roja, zapatos negros bien lustrados y un fino sombrero negro adornado con una pluma roja (aún hoy guardo ese sombrero con mucho cariño).

Pasamos a la sala y él, cruzando la pierna derecha sobre la izquierda, se sentó cómodamente. Hizo un repaso de la historia de la soda y de su vida; Ana y doña Lucy hicieron lo mismo narrando particularidades de su familia y de la casa donde vivían.

Luego de tomar té acompañado de unas tostadas, dijo sin titubeos: “vamos a visitar a un amigo que tengo en Piedades de Santa Ana, es el señor que me vende los congeladores y las cámaras de refrigeración; pero usted (refiriéndose a Ana) maneja mi auto de ida, y usted (refiriéndose a doña Lucy), maneja de regreso”.

Sin salir aún del asombro ante tal propuesta, nos montamos en el auto. Era un auto muy lujoso y lleno de controles automáticos. Hicimos el viaje de ida y regreso y, al final, yo me devolví con él a la casa manejando su auto.

Melo Alvarez

En directa concordancia con su gusto por los autos eran, consecuentemente, las numerosas visitas al taller de enderezado y pintura. Su taller favorito se localizaba en Plaza Víquez y su propietario era un señor llamado Melo Alvarez. Evidentemente mi abuelo era cliente frecuente.

Un día, siendo ya un hombre de edad avanzada, yo estaba trabajando en la soda de Plaza Víquez cuando, de repente, lo vi caminando solo por la acera de enfrente. Por suerte estaba mi hermano Alejandro conmigo para que se quedase en la soda, y yo crucé la transitada calle y me dirigí hacia él. Mi abuelo, al verme venir, se asombró de que yo estuviese un poco exaltado (él estaba muy bien de salud y no consideraba peligroso que una persona de edad avanzada caminara sola por una calle tan transitada) y me dijo que iba a ir a retirar su auto del taller de Melo Alvarez porque le estaban arreglando un “toquecito”.

Lo acompañé al taller. Al entrar, Melo Alvarez lo saludo muy efusivamente, le ofreció algo de tomar y se sentaron a conversar. Recuerdo que me presentó ante el señor y se pusieron a hablar de fútbol, de algunos vecinos y de la soda. Unos veinte minutos después un muchacho empleado del taller estacionó el auto de abuelo en la salida. Él, de forma muy ceremoniosa, se despidió de Melo Alvarez y, ondeando su corpulenta mano izquierda, dijo adiós y se fue a su casa. Yo, en cambio, me devolví a la soda a seguir trabajando.

El juego de fútbol

Un domingo, como de costumbre, abuelo llegó a almorzar a nuestra casa. En ese momento estaba jugando Saprissa vs Puntarenas en Tibás, y el equipo porteño iba ganado un gol por cero. El partido los estábamos viendo todos en la cocina de la casa por canal 7. Estaba muy emocionante.

De repente entró abuelo a la casa, saludó a todos y preguntó quién jugaba y cuál el marcador. Cuando le dijimos que Saprissa iba perdiendo con Puntarenas mandó inmediatamente a apagar el televisor y no pudimos seguir observando el juego.

Pan Tobella

Muy a menudo, a eso de las cinco o seis de la mañana, abuelo, en su auto, llegaba a casa a dejarnos varios bollos de pan Tobella.

Recuerdo que llegaba con un saco con cinco o siete bollos y nos dejaba dos bollos a nosotros y dos a tía Tony, que vivía junto a nosotros en la casa contigua.

Muchas veces le decíamos que, cuando regresase a su casa, diera la vuelta a la manzana para evitar dar un giro a la izquierda en una transitada calle que conduce al Centro Comercial del Sur. Pero, al despedirse y al acercarse a la calle, veíamos que, a pesar de las advertencias, daba el giro a la izquierda pidiendo “campito” para poder atravesar la calle.

Visita al Estadio Ricardo Saprissa

Un día papá nos dijo a todos en la familia que el Deportivo Saprissa le iba a hacer un homenaje a abuelo por ser, en aquel momento, el socio vivo más longevo. Nos dijo que si lo podíamos llevar al Estadio Ricardo Saprissa a recibir el homenaje.

Recuerdo que fuimos mi hermano Alejandro, mi primo Luis Diego y yo al estadio con él. El homenaje se iba a llevar a cabo antes del juego del Saprissa contra el Club Sport Cartaginés un domingo a las once de la mañana.

Estacionamos el auto y entramos al estadio. Inmediatamente después, gran cantidad de personas se le acercaron para saludarlo efusivamente; gritaban "¡Castrito!" y él, muy orgulloso, se tomaba su tiempo para conversar con cada persona que lo llamaba. Luego de casi una hora de saludos y conversaciones, llegamos al interior del estadio donde se localizaba la zona mixta de prensa y los camerinos.

Todo el personal de relaciones públicas de Saprissa nos dio los detalles de la ceremonia y las instrucciones sobre el momento para ingresar al campo de juego. Don Enrique Artiñano, Presidente vigente del Saprissa en ese entonces, nos saludó muy calurosamente, seguido también de don Enrique Weisleder y don Bernardo Méndez, célebres expresidentes de la institución morada.

Unos minutos antes de ingresar al campo y de iniciar el juego, junto con los jugadores de ambos equipos que calentaban en la zona mixta, pasamos por el túnel de acceso y salimos a la cancha. Recuerdo que nos recibió una tremenda ovación del público (el estadio estaba casi lleno). Por los altoparlantes anunciaron con potente voz que "el socio vivo más longevo de Saprissa acaba de ingresar al campo". Nosotros miramos hacia las tribunas llenas de gente y quedamos asombrados con el rugido que hizo la ovación del público al enterarse quién era el célebre personaje que iba caminando hacia el centro del campo.

Cuando llegamos al centro de la cancha, el árbitro central colocó el balón en el punto. Los jugadores de ambos equipos se colocaron a lo largo de la circunferencia del círculo central. Los directivos de Saprissa se acercaron a nosotros. Don Enrique Artiñano, abrazando a abuelo, dio un pequeño discurso a la multitud. Abuelo estaba muy conmovido. Minutos después, abuelo se acercó a unos tres metros del balón colocado de antemano en el punto central. Erick Lonnis, arquero titular de Saprissa en aquel momento, también se acercó al balón. De repente, abuelo creyó que Lonnis iba a patearle la pelota y, de forma instintiva y atlética, se colocó en pose de atajar la bola. Todos, impresionados, se acercaron a abuelo y le dijeron al oído que, más bien, él tenía que patear la pelota a Lonnis para dar el saque de honor. Finalmente, abuelo, pateó el balón y se escuchó un tremendo estruendo de aplausos de toda la multitud.

Día de elecciones

El gran día de las elecciones nacionales finalmente llegó. En la contienda electoral luchaban, por los partidos mayoritarios, José Miguel Corrales del Partido Liberación Nacional contra Miguel Ángel Rodríguez del Partido Unidad Social Cristiana.

Abuelo, como buen liberacionista, se aprestaba a votar por su querido partido. Alejandro y yo lo llevamos a votar a la escuela República de Chile, en Barrio Luján, San José.

Estacionamos el auto unas dos cuadras antes de la escuela. El ruido de los chiquillos haciendo porras por su candidato preferido era casi ensordecedor. Cuando pasamos al frente de los simpatizantes del partido del PUSC abuelo, un poco irritado, interrumpió sus porras y les dijo con voz fuerte: “¡con ese señor nos lleva el pisuicas!”.

Noche en casa de abuelo

A menudo papá y mamá nos autorizaban a mis hermanos y a mí a pasar una noche en casa de los abuelos. Era una aventura increíble porque sabíamos que había mucho qué explorar allí pero, sobre todo, porque sabíamos que los “gallitos” de abuela eran insuperables.

Al caer la noche, abuela nos preparó las camas donde dormiríamos; estaban en una habitación contigua a la cocina de la casa. Allí era donde abuelo acostumbraba “sacar sus cuentas” en un escritorio pegado a la pared. Sobre él tenía una sumadora metálica de las que hacen un gran ruido cuando son operadas (hoy día son consideradas una antigüedad).

Ya entrada la noche nos fuimos a dormir. No recuerdo a qué hora, ya estando profundamente dormidos, abuelo, que venía de cerrar la soda, entró a la habitación donde estábamos durmiendo, encendió la luz, se puso a “sacar cuentas” y a operar la particular sumadora. La tremenda bulla nos despertó de golpe, y nos dimos cuenta que ¡él ni siquiera se enteró que nosotros estábamos allí!

Abuela, al darse cuenta del hecho, le gritó una y otra vez desde la otra habitación: “¡Abel, ahí están los muchachos!” Pero el ruido de la sumadora le impedía escuchar a abuela.

Minutos después, se levantó de la silla del escritorio, acomodó los papeles, y salió de la habitación con el detalle de que ¡dejó la luz encendida!

Viaje a la universidad

Un día yo tenía lecciones en la universidad a las tres de la tarde. Por alguna razón tuve que ir a la casa de abuelo. Recuerdo que él estaba terminando de almorzar y me preguntó qué tenía que hacer esa tarde. Le dije que tenía que ir a clases en la universidad. Luego me dijo que me podía llevar en su auto; que yo manejaba de ida y que luego él manejaría de regreso.

A eso de las dos y treinta llegué a su casa. Nos montamos en el auto y manejé hasta la universidad. Le expliqué que la entrada al edificio principal era bastante complicada y transitada porque por allí pasaban y se detenían todos los buses que venían de Guadalupe y Moravia.

Cuando llegamos a la universidad entramos sin problemas. Todos se quedaron impresionados al ver aquel lujoso auto ingresando a la plaza principal. Me bajé y luego abuelo asumió el puesto de manejo. Nos despedimos y luego salió de la plaza muy lentamente. Después observé que atravesó el auto a la mitad de la calle para obligar a todos los buses a detenerse; con gran paciencia y lentamente, aceleró el auto y se retiró a la casa.

De compras en Santiago de Chile

Una tarde, como parte del viaje a Chile en que acompañé a abuelo en 1995, fuimos, junto con dos señores compañeros de excursión, a un centro comercial en el barrio de Las Condes, en Santiago. Tomamos un taxi color amarillo con negro (color clásico de los taxis en Santiago) marca Peugeot, un poco antiguo.

Nos montamos al taxi y abuelo entabló una interesante conversación con el taxista sobre el auto; marca, año de fabricación, mantenimiento, accesorios, etc.

Al llegar al centro comercial, los dos compañeros de excursión tomaron un rumbo distinto hacia una tienda por departamentos. Abuelo y yo nos quedamos solos. Luego me dijo que quería comprar unas camisas formales marca Arrow, por lo que fuimos a la tienda de la marca. Diagonal a esa tienda se localizaba una tienda de deportes. Nos detuvimos y me dijo: “Robertillo, compre ahí lo que quiera y dígame al cajero que su abuelo va a pagar todo; yo voy a ir a la tienda Arrow a comprar unas camisas”. Yo quedé congelado y salí corriendo hacia la tienda.

Mientras escogía unos zapatos para jugar fútbol, pude observar a una dependiente de la tienda Arrow sacar una inmensa cantidad de camisas de los anaqueles para enseñárselas a abuelo. Cuando terminé de seleccionar lo que quería (unos zapatos tenis y unos zapatos para jugar fútbol) abuelo llegó a la tienda con las manos vacías. Pagó toda mi cuenta al contado. Luego le pregunté que, si había comprado alguna camisa, pero me dijo que ¡ninguna le había gustado!

Valparaíso

Al llegar al puerto de Valparaíso, como parte de nuestro viaje a Chile, el autobús de la excursión se detuvo en un precioso mirador con vista al puerto. Se podía observar una vista espectacular de todo el puerto, los edificios, los buques y hasta la plaza central. Abuelo y yo estuvimos allí unos quince minutos y, al final, se acercó un señor que era directivo del Deportivo Saprissa y me dijo: “nunca en mi vida he visto que un hombre de 87 años de edad viaje solo con su nieto de 15”.

Portillo

Al llegar al paradero turístico de sky alpino en los Andes chilenos llamado Portillo (consta de un hotel con varios lagos glaciares) todos en la excursión empezaron a tomar fotos de las montañas cubiertas de nieve. Yo tomé muchas fotos porque nunca visto la nieve en vivo.

Minutos más tarde ingresamos al hotel a tomar el almuerzo. Una vez sentados en la mesa, le dije a abuelo que iba a ir a la tienda del hotel a comprar un nuevo rollo fotográfico porque el que tenía ya se había acabado.

Lo compre y rápidamente lo instalé en la cámara Olympus de papá (toda una leyenda). Cuando regresé al comedor el almuerzo ya había finalizado, por lo que decidí tomar unas fotos de los lagos glaciares. Supuse que todo andaba bien con la cámara. Días después, cuando regresamos a San José, y fui a revelar las fotos en la Librería Universal, nos dimos cuenta de que había puesto el rollo de forma incorrecta en Portillo, por lo que las fotos de los lagos se perdieron.

Almuerzo en Viña del Mar

Al llegar a la ciudad de Viña del Mar fuimos invitados a un almuerzo en un famoso restaurante de la localidad, muy cerca del “Monstruo de la Quinta Vergara” que es el anfiteatro donde se llevan a cabo las presentaciones artísticas del Festival de Viña del Mar.

Recuerdo que sirvieron pechuga de pollo con verduras, puré de papa, vegetales y un delicioso postre que constaba de melocotones en almíbar acompañados de helados de fresa.

“Robertillo, no tengo mucha hambre”, me dijo abuelo. “Coma lo suyo, luego, si quiere, come lo mío”. Diligentemente obedecí la orden y me comí todo. Abuelo, mientras yo almorzaba, se puso a conversar con una señora sobre la historia de la Soda. Al finalizar el almuerzo, el guía de la excursión nos invitó a apresurarnos a abordar el autobús porque la agenda estaba muy llena y había poco tiempo disponible. Abuelo, al ver que todos se retiraban del restaurante, pasó al frente de las mesas donde todavía yacían los platos del almuerzo, y observó que habían servido postre de melocotones con helados (uno de sus manjares preferidos).

Ya en el autobús, un poco irritado, me dijo: “Robertillo, ¿por qué no me dijo que habían servido ese postre?”. No le dije nada. Él luego se quedó en silencio. Tal vez reflexionó que, por una primera vez, una rica conversación le jugó una mala pasada.

San Carlos de Apoquindo

Al llegar a la localidad de San Carlos de Apoquindo, cerca de Santiago y en las laderas de los Andes chilenos, en la cual se localiza el campus de la Pontificia Universidad Católica de Chile y, consecuentemente, sede del equipo de fútbol del mismo nombre, ya listos para ver al Saprissa en acción, bajamos del autobús en medio de una gran multitud de hinchas “cruzados” apartados por una gran cantidad de carabineros.

Con mucho esfuerzo atravesamos el espacio habilitado por los policías e ingresamos al estadio y tomamos nuestros lugares. El partido transcurrió con grandes emociones, pero abuelo, rendido por el cansancio, se durmió en su butaca. Era de noche y hacía mucho frío.

Casi al final del encuentro, cuando el “Coto” Sierra (José Luis) anotó el gol que eliminó al Saprissa, todos quedamos tendidos en el suelo de la desazón y la tristeza. Abuelo, al despertar súbitamente, nos observó a todos muy tristes y me preguntó: “Robertillo, ¿cómo quedó el partido?”; le respondí: “perdimos”. Hizo un gesto de incredulidad, cerró el zipper de su jacket, se acurrucó en la butaca y siguió durmiendo.

Halloween

Al acercarse la celebración del día de Halloween, mis hermanos y yo, junto con nuestros amigos de barrio, buscamos la forma de diseñar o encontrar el mejor disfraz para la noche de brujas. Recuerdo que mamá me diseñó un disfraz de robot forrando una caja de cartón con papel aluminio. Nuestro vecino José Pablo se vistió de naipe; Mauricio Azofeifa de Peter Pan.

Pero el disfraz de Evelio rompió todos los hitos de la innovación. Se puso encima una sábana blanca que tapaba una almohada que había puesto sobre su espalda; se puso una máscara de viejillo y unos enormes zapatos color café de abuelo que, evidentemente, le quedaban muy grandes. El disfraz de viejillo fue la sensación de la noche porque hasta caminaba como tal.

La caja de seguridad

Abuelo, en la habitación contigua a la cocina de su casa donde acostumbraba descansar viendo la televisión, tenía una enorme caja de seguridad.

Mis hermanos y yo siempre nos pareció algo fascinante el hecho de intentar abrirla por medio del sinfín de vueltas en varias direcciones que hay que darle al dispositivo.

Un día, ávidamente, le dimos muchas vueltas al dispositivo en todas direcciones, por lo que descalibramos la combinación de seguridad. Días después abuela nos contó que abuelo se enojó porque le costó mucho trabajo abrirla por causa de nuestra travesura.

Tendido Cero

Todos los domingos por la tarde, luego de almorzar, a abuelo le encantaba ver un programa español de tauromaquia que se llamada “Tendido Cero”. Básicamente eran corridas de toros.

Una tarde, justo a la hora en que empezaba el programa, empezaba también un partido de fútbol italiano que yo quería ver.

Había un problema al respecto. Ambos programas solo los daban en televisión por cable, y nosotros no teníamos ese sistema en nuestra casa. Peor aún, abuelo solo tenía televisión por cable en la habitación donde le gustaba reposar.

Recuerdo que, minutos antes de iniciar el juego, llegué a su casa para ver si, por alguna extraña razón, él no llegaba, con el fin de poder ver el juego. Me acosté en la cama, encendí el televisor justo en momento cuando los equipos ingresaban a la cancha, cuando, de repente, entró a la casa y se dirigió a la habitación a descansar. No me quedó más opción que regresar a mi casa sin poder ver el partido.

La Princesa Marina

Un día llamó abuelo a la casa y nos dijo a Alejandro y a mí que nos iba a invitar a almorzar un “pescadito” en el restaurante la Princesa Marina, en San José de Alajuela.

Días después, un sábado por la mañana, cumplió su promesa. Llegó a la casa a recogernos y nos fuimos al restaurante en su auto. Llegamos al restaurante y estacionamos en el parqueo del lugar. Recuerdo que hacía un calor muy fuerte.

Entramos al restaurante y abuelo nos ordenó a Alejandro y a mí un pescado entero empanizado; él ordenó un ceviche de pescado pequeño.

Luego de almorzar, llegamos al auto y el interior del mismo estaba a una temperatura altísima. Entramos y, lo primero que hicimos, fue intentar bajar las ventanas para refrescar el ambiente. Justo en ese momento abuelo nos dijo: “¡no bajen las ventanas, este calorcito me encanta!”.

Luego de sufrir tremendamente con el calor, unos minutos después durante el viaje de regreso a San José, abuelo se durmió, y pudimos, al fin, abrir las ventanas. Cuando veníamos pasando frente a la fábrica de llantas Firestone (hoy día Bridgestone) empezó a llover y, de repente, abuelo despertó y nos dijo: “¡ven, se los dije... iba a llover rapidito y se iba a poner más fresquito!”.

Caminata

A la mañana siguiente de haber llegado a Santiago de Chile, abuelo, dos señores compañeros de excursión y yo fuimos a caminar por el centro de la ciudad. Yo tenía ciertas dudas sobre la capacidad física de abuelo para afrontar ese ejercicio porque ya tenía 87 años, pero su resistencia y buena salud me aclararon pronto el panorama. Conocimos Plaza de Armas, el Palacio La Moneda, el Ayuntamiento y muchos lugares más. Nos tomó toda la mañana hacer todo el recorrido.

Al regresar al hotel en taxi, entramos en nuestra habitación y yo quedé tendido en la cama dispuesto a tomar una siesta. Antes de acostarme, abuelo me dijo: “¡Robertillo, levántese, a dormir a San José, vamos ya a caminar por el Barrio Las Condes!”.

Aguacero

Estaba cayendo un fuerte aguacero en todo San José. Eras las dos de la tarde cuando sonó el teléfono de la casa. Al otro lado llamaba abuelo preguntando qué estaba haciendo yo en ese momento. Le respondí que nada especial y, de inmediato, me preguntó si lo podía llevar a la soda en el auto de papá para que ¡no se le mojara el suyo con la lluvia!

La esquinita

Una de las cosas más sagradas en la vida de abuelo era su auto. Era su consentido, uno de sus bienes más preciados y objeto de meticulosos chineos.

Como tal, él tenía un repositorio muy completo de accesorios de limpieza de autos en la parte superior de una columna del garaje de su casa. Era su “esquinita preferida”. Se podían encontrar varios tipos de trapos, esponjas, cera, limpiadores de llantas, abrillantadores de cuero, líquido para limpiar cristales, varios tipos de cepillos, brochas, y desengrasantes.

Un día llegamos mis hermanos y yo a casa de abuelo a jugar con un balón de fútbol nuevo que “nos había traído el niño Dios”. Yo, particularmente, jugaba con él y después procedía a limpiarlo con un trapito húmedo porque no me gustaba verlo sucio.

Luego de jugar bola en el garaje, busqué por toda la casa algún trapito para cumplir con el ritual de limpieza. Le pregunté a abuela si tenía algo que me pudiera servir, y me respondió sin dudar: “su abuelo tiene muchos trapos en ese rinconcillo del garaje sobre la columna; tome uno y se lo vuelve a dejar en el mismo lugar”.

Sin titubear fui al garaje, humedecí el trapo con agua y procedí a limpiar mi bola. Luego de que quedase impecable, cometí el error de dejar el trapo sucio sobre la pila que se encontraba en el borde del garaje que da al jardín.

Al día siguiente, sin recordar que había dejado el trapo “mal puesto” el día de ayer, llegamos de nuevo a la casa de abuelo. Eran las cuatro de la tarde. Entramos en la casa, saludamos a abuela, y observé que abuelo dormía en la habitación contigua a la cocina. Posteriormente, abuela se me acercó y, con voz dulce y paciente, me dijo: “Roberto, su abuelo vio ayer que había un trapo en la pila del jardín y pude ver que arrugó la cara; la próxima vez que lo use déjelo en el mismo lugar donde lo agarró porque él se da cuenta cuando alguien le toca las cosas de su rinconcillo”.

Lo más interesante del caso es que, quien les cuenta esta historia, también tiene una esquinilla en su casa donde almacena exactamente lo mismo que abuelo; ¡lo que se hereda no se hurta!